

Título: Irracionalismo posmoderno y Trabajo Social.
Sergio Gianna

Resumen: El presente artículo, tiene por objetivo analizar una de las tendencias teóricas del debate contemporáneo en trabajo social: el pensamiento posmoderno. Mediante los aportes teóricos de Lukács, se reconstruye el momento histórico particular donde emerge la “decadencia ideológica” de la burguesía, en el cual, las ciencias sociales específicas se basan en una “razón fenoménica”, que queda aprisionada en las apariencias, o en la construcción de imágenes ideológicas de la realidad. Ello, para reconocer a la posmodernidad como una nueva expresión ideológica de este proceso, dentro de la fase actual del capitalismo tardío. A partir de esta reconstrucción, se avanza sobre la influencia posmoderna en el trabajo social, en particular, en el modo en como se conoce la realidad, y como a partir de este proceso se configuran los procesos de intervención profesional

Palabras claves: Posmodernidad – Trabajo Social – Irracionalismo - Razón Ontológica.

Title: Postmodern Irrationalism and Social Work.

Abstract: This paper analyzes one of the theoretical trends of contemporary discussion concerning social work: postmodern thinking. Through Lukács’ theoretical contributions, the particular historical moment in which the “ideological decline” of the bourgeoisie is rebuilt, in which the specific social sciences are based on a “phenomenal reason” that remains imprisoned behind appearances, or on the construction of ideological images from reality. This is to acknowledge post-modernity as a new ideological expression of this process, within the current phase of late capitalism. Based on this reconstruction, progress is made over postmodern influence within social work, particularly as regards the way reality is known, and how based on this process onward, the professional intervention processes are configured.

Key words: Post-modernity – Social Work – Irrationalism – Ontological Reason.

Irracionalismo posmoderno y Trabajo Social.

Introducción.

El presente artículo, tiene por objetivo analizar la incidencia del pensamiento posmoderno en el Trabajo Social. Estas reflexiones, son producto de los primeros avances investigativos en torno al debate contemporáneo argentino en Trabajo Social y en particular, sobre la influencia posmoderna en el seno profesional.

A partir de la finalidad de este trabajo, el mismo estará estructurado a partir de tres momentos, interrelacionados entre sí. En primer lugar, se desarrollarán las determinaciones fundamentales que dieron origen a la “decadencia ideológica” del pensamiento burgués, momento que coincide con la consolidación de la burguesía como clase hegemónica y dominante.

En un segundo momento, se analizará el surgimiento del pensamiento posmoderno como una nueva fase de esta “decadencia ideológica” de la burguesía, que adquiere nuevos rasgos a partir de la consolidación del proyecto neoliberal, es decir, del proyecto de clase de la burguesía en el “capitalismo tardío”.

Finalmente, en un tercer momento, se abordará propiamente la mediación entre el pensamiento posmoderno y el Trabajo Social. Para ello, se recurre al análisis de la dimensión teórico-metodológica que la sustenta, en particular, al modo en que aprende la realidad social, los conceptos y categorías que dan cuenta de esa realidad, así como también, las implicancias y límites que tiene para la intervención profesional.

Decadencia ideológica y ciencias sociales.

El desarrollo de la conciencia humana, que a lo largo de la historia adquiere diversas expresiones –como por ejemplo la religión, el arte y la ciencia- no puede ser comprendida a partir de sí mismo, mediante una lógica de autorepresentación y autodesarrollo, sino que por el contrario, como afirman Marx y Engels (2005), ésta no tiene una historia propia y sólo pueden ser comprendida dentro del proceso de vida material del hombre.

La historia de la ciencia no es un mero acaecer de ideas o de las personalidades singulares que las generan, sino que ésta, es producto del desarrollo de las fuerzas productivas del Trabajo Social, del desarrollo social, de la lucha de clases, que le plantean a la ciencia diversos interrogantes y dilemas a resolver (Lukács, 1959). Esto supone, que la ciencia adquiere significado dentro de una totalidad más amplia que la contiene.

Con el modo de producción capitalista, la ciencia adquiere mayor plenitud, a partir del recorte de la base natural de la sociedad –lo cual no implica su desaparición- y el reconocimiento de que la historia del hombre es producto de su propia acción.

En el tránsito del modo de producción feudal al modo de producción capitalista, proceso que transcurrió durante casi dos siglos, la burguesía, como clase ascendente, representó el “interés general del pueblo” al derribar el absolutismo feudal consolidando junto a ello (Marx, 1965), una serie de transformaciones, no sólo a nivel económico y social, sino también cultural.

Dentro de estas transformaciones, surge el proyecto de la modernidad (Ilustración), como programática socio-institucional inspirado por el proyecto Iluminista. Según Rouanet (2003), el Proyecto Iluminista es un proyecto transhistórico, que adquiere particularidad en diversos momentos históricos. Para el autor, dicho proyecto está sustentado bajo tres pilares fundamentales, la universalidad, la individualidad y la autonomía:

A universalidade significa que ele visa todos os seres humanos, independentemente de barreiras nacionais, étnicas ou culturais. A individualidade significa que esses seres humanos são considerados como pessoas concretas e não como integrantes de uma coletividade e que se atribui valor ético positivo à sua crescente individualização. A autonomia significa que esses seres humanos individualização são aptos a pensarem por si mesmos, sem a tutela da religião ou da ideologia, a agirem no espaço público e a adquirirem pelo seu trabalho os bens e serviços necessários à sobrevivência material (Rouanet, 2003: 9).

El Proyecto Iluminista coloca mediante la **universalidad** a la totalidad de la especie humana, como individuos iguales, independientemente de su raza, sexo, religión o pertenencia a alguna nación, la **individualidad** reconoce al hombre en su dimensión individual y humano genérica y donde la realización individual está dada a partir de las relaciones establecidas con los otros hombres y la **autonomía** refiere a la capacidad y la libertad, que se expresa en una autonomía intelectual, en el uso de la razón autónoma del individuo, la autonomía política, en lo que respecta a su libertad en el espacio público y privado y la autonomía económica, en la posibilidad de participar en la esfera de la producción, la circulación y el consumo.

Estos pilares del Proyecto Iluminista, comienzan a particularizarse en el Proyecto de la Ilustración, impulsando una visión antropocéntrica, en la que el hombre es producto y creador de su propia historia. Con ello, se seculariza el pensamiento, perdiendo centralidad la figura de Dios como elemento central para explicar y comprender el mundo, es decir, se rompe con

aquellas concepciones metafísicas y religiosas, basadas en la inmutabilidad y la mistificación de la realidad.

La ruptura con el velo mistificador de la religión y la metafísica, trajo consigo la posibilidad de elaborar un conocimiento racional de la realidad tanto natural como social. El mundo no es algo caótico, sino un complejo que posee conexiones causales y leyes inmanentes, que el hombre puede conocer. Esta fase ascendente de la burguesía, es acompañada por un desarrollo teórico que busca aprehender la realidad desde su devenir y la relación entre la ciencia y la burguesía aún dejaba lugar a la crítica, que emergía del seno de esta misma clase (Lukács, 1958).

Coutinho, sintetiza en Hegel el desarrollo del pensamiento científico ligado a esta burguesía progresista, reconociendo en el pensamiento del autor tres núcleos categoriales centrales:

O **humanismo**, la teoría de que o homem é um produto de sua própria atividade de sua história coletiva; o **historicismo concreto**, ou seja, a afirmação do carácter ontológicamente histórico da realidade, com a consequente defesa do progresso e do melhoramento da espécie humana; e, finalmente, a **Razão dialética**, em su duplo aspecto, isto é, o de uma racionalidade objetiva imanente ao desenvolvimento da realidade (que se apresenta sob a forma da unidade dos contrários), e aquele das categorias capazes de apreender subjetivamente essa racionalidade objetiva, categorias que englobam, superando, as provenientes do “saber imediato” (intuição) e do “enendimento” (inteleteo analítico) (1972: 14-15).

El desarrollo de la ciencia en este estadio del capitalismo, si bien tenía falencias y era objeto de deformaciones -el idealismo es una expresión de ello- que no le permitían al científico captar en su plenitud la realidad y su movimiento, estos planteaban una respuesta “*honesto y científica, aunque incompleta y contradictoria...*” (Lukács, 1981:31).

El capitalismo suponía un enorme avance en lo que respecta al desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social, pero al mismo tiempo, agudizaba su contradicción principal, que no es más que una producción de mercancías ampliada y cada vez más social y una apropiación cada vez más restringida, privada de los productos del trabajo. Esta contradicción estallará en 1848, momento en el que la clase trabajadora adquiere conciencia para sí y reconoce los límites impuestos por el orden burgués, a partir de esta contradicción fundamental.

Por lo tanto, el proyecto societal de la burguesía, estaba tensionado por una doble racionalidad, una de carácter instrumental, basada en el desarrollo de la ciencia y la tecnología para revolucionar las condiciones de producción y de este modo obtener un mayor lucro

ganancial mediante una plusvalía extraordinaria, la otra, de liberación, dirigida a la consecución de la emancipación del hombre.

Esta es la contradicción que la clase trabajadora reconocerá en el seno del orden burgués y comenzará a disputar el cumplimiento y efectivización del ideario de la modernidad. Según Harvey *“El movimiento socialista amenazaba la unidad de la razón de la Ilustración e insertaba una dimensión de clase en el modernismo. ¿Sería la burguesía o el movimiento obrero el que informaría y dirigiría el proyecto modernista?...”* (2004: 45). Por lo tanto, la burguesía había consolidado la emancipación política, cuyos ejes reguladores pasarán a ser el ciudadano abstracto, el Estado y la propiedad privada.

La revolución política de la burguesía, suponía la separación entre una ficticia organización política, que declaraba la igualdad y la libertad de todos los individuos humanos y al mismo tiempo, una sociedad civil en la predominaban las desigualdades y la dominación de una clase social sobre la otra. Esto, es el resultado del modo particular en el que se encuentra organizado el proceso de metabolismo social, que en el capitalismo, su finalidad no es la producción de valores de uso social, sino la producción de plusvalía, que genera la alienación del proceso y del producto del trabajo, ya que la clase trabajadora no es dueña del proceso ni del producto del trabajo, sino que pertenece a otra personificación, el capitalista. De allí, la relación social general se presenta como relación entre cosas y como fuerzas extrañas que el hombre no puede dominar (Marx, 2002).

La clase trabajadora, que aspiraba a que el Proyecto de la Modernidad alcanzara la emancipación del hombre, convertía al obrero en una mercancía más –aunque con la propiedad de ser la única de generar más valor que el que desembolsa el capitalista al comprar la fuerza de trabajo- dentro de ese “enorme cúmulo de mercancías” que es el modo de producción capitalista. Por lo tanto, el proyecto societal de la burguesía, funda sus bases en la consolidación del trabajo alienado, en la dominación y explotación de la clase trabajadora, pero al mismo tiempo, genera las condiciones de una clase radical, capaz de superar la razón instrumental de la burguesía, consolidando un proyecto societal emancipatorio de la humanidad. La clase trabajadora se constituye en:

una clase con cadenas radicales, de una clase de la sociedad civil que no es una clase de la sociedad civil, de un estado que es la disolución de todos los estados; de una esfera que posee carácter universal por sus padecimientos universales y que no reclama un derecho particular porque no ha sufrido una injusticia particular sino la injusticia misma, que ya no pueda apelar a un título histórico, sino simplemente al título humano, que no esté en oposición unilateral con las consecuencias, sino en oposición total...de una esfera, finalmente, que no se puede emancipar sin emanciparse de todas las demás esferas de la sociedad y por eso emanciparlas a todas ellas; que, en

una palabra, es la completa pérdida del hombre y que por lo tanto sólo puede conquistarse a sí misma al volverse a conquistar de nuevo completamente el hombre. Esta disolución de la sociedad como clase particular es el proletariado (Marx, 1965: 44-45).

Es por ello, que las aspiraciones del Proyecto de la Modernidad, que buscaba la emancipación del hombre y el desarrollo de las capacidades individuales y humano-genéricas, quedan en manos de la clase trabajadora. Esta relación social general entre clases sociales antagónicas entre sí, disputan la reproducción o la superación del orden vigente.

La aparición de dos proyectos societales radicalmente distintos, produce un corte cultural en el seno de la teoría social (Netto, 2005), destruyendo cualquier posibilidad de construir una teoría social unitaria y totalizante. Es decir, desaparece del horizonte de la teoría social su punto de partida, el hombre y su praxis primaria (el trabajo) que produce valores y riquezas. Esto trae consigo, la construcción de apariencias ideológicas en el seno de las ciencias, que apunten a un mayor control del desarrollo de las fuerzas productivas y al mismo tiempo, que impidan el reconocimiento de las determinaciones sociales e individuales. Como recalca Marx:

Ya no se trataba de si este o aquel teorema era verdadero, sino de si al capital le resultaba útil o perjudicial, cómodo o incómodo, de si contravenía o no las ordenanzas policiales. Los espadachines a sueldo sustituyeron a la investigación desinteresada y la mala conciencia y las ruines intenciones de la apologética ocuparon el sitio de la investigación científica sin prejuicios (Marx, 2002: 14).

Esta nueva direccionalidad que asumen las ciencias, es el momento de surgimiento de la “decadencia ideológica” del pensamiento burgués, momento que coincide con la génesis de las ciencias sociales, con sus métodos y objetos específicos, basados en recortes abstractos de la realidad, que impidan captarla como una totalidad concreta. Como afirma Lukács, “... ahora los ideólogos de la burguesía toman la fuga y prefieren imaginar los misticismo más insustanciales y absurdos, antes que mirar de frente el hecho de la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado...” (1981: 22). Siguiendo con los razonamientos del autor, las ciencias sociales específicas renunciar al contestar las preguntas últimas del espíritu, tan sólo hay que apropiarse de las ciencias sociales específicas, separadas entre sí, que proporcionan conocimientos desde el punto de vista de la vida práctica (Lukacs, 1958).

Si en la fase ascendente de la burguesía, aún la ciencia buscaba respuestas, que le permitieran avanzar en el conocimiento racional de la realidad, tanto en su esfera natural como social, ahora,

Em lugar do humanismo, surge ou um **individualismo** exacerbado que nega a socialidade do homem, ou a afirmação de que o homem é uma “coisa”, ambas as posições levando a uma negação do momento (relativamente) criador da praxis humana; em lugar do historicismo, surge uma **pseudo-historicidade subjetivista e abstrata** ou uma apologia da positividade, que transformam a história real (o processo do surgimento do novo) em algo “superficial” ou irracional; em lugar da Razão dialética, que afirma a cognoscibilidade da essência contraditória do real, vemos o nascimento de um **irracionalismo** fundado na intuição arbitrária, ou um profundo **agnosticismo** decorrente da limitação da racionalidade às suas formas puramente intelectivas (Coutinho, 1972: 17).

Como destaca Tonet (2006), comienza a predominar una razón fenoménica influenciada por una base kantiana, que no puede conocer la “cosa en sí”, la esencia de las cosas, sino apenas su apariencia y por ende, la realidad es un conjunto de datos, hechos, que el sujeto investigador puede ordenarlos y otorgarles un significado.

La “decadencia ideológica de la burguesía” transforma la razón es una razón formal-abstracta, que no busca captar la legalidad objetiva de la realidad, el movimiento de la realidad reproducido por el pensamiento, sino que establece una serie de reglas y pasos formales que manipula el sujeto, que deja de lado todo aquello que no puede ser reducido a cálculo o a manipulaciones homogenizantes.

Esto genera una quiebre con una perspectiva de totalidad, que reconoce que los hechos y los fenómenos, son parte de una totalidad más amplia que las contiene y le otorga significado. Ahora, la realidad es una suma de hechos y partes inconexas entre sí. Esto conlleva, una ruptura con la aprehensión de la negatividad del proceso de vida social, basada en un permanente devenir de unidad de contrarios, con momentos de síntesis y superación, predominando visiones estáticas de la vida social, que a lo sumo, retratan la existencia de ambigüedades.

Tanto el agnosticismo como el irracionalismo, tienen en común el abandono del historicismo concreto, el humanismo y la razón dialéctica. Como recalca Lukács (1981), el irracionalismo enfatiza la dimensión subjetiva, ya que mediante la subjetividad y las vivencias propias del sujeto, es posible alcanzar la realidad auténtica. Esto produce la disolución del objeto y su racionalidad inmanente, sustituyéndolo por una mera intuición subjetiva. Mientras que el agnosticismo, niega la contradictoriedad del objeto y con ello, su movimiento, asumiendo explicaciones basadas en el equilibrio y el progreso lineal.

En ese sentido, Coutinho (1972) afirma que la preeminencia de una u otra, según los distintos momentos históricos, no responde a una cuestión esencialmente “interna” ni propia de la ciencia, sino al movimiento de la realidad más amplia que la contiene: en momentos de

crisis del capitalismo, prevalecen visiones irracionalistas, subjetivas, mientras que en períodos de “relativa calma”, predomina un racionalismo formal o el agnosticismo.

Luego de esta breve presentación, en la que se ha intentado mostrar como la “decadencia ideológica” de la burguesía coincide con la consolidación de ésta como clase dominante, se pretende avanzar en el reconocimiento de las particularidades que asume el pensamiento posmoderno, como expresión irracionalista del “capitalismo tardío” contemporáneo.

La posmodernidad: lógica cultural del capitalismo tardío.

A partir de la década del setenta, comienza un período de crisis de los “años dorados” del capitalismo. Esto se expresa, en la tendencia a la baja de la tasa promedio de ganancia, y a la producción sobrante que comienza a imperar en las industrias (Mandel, 1980). Como recalcan Netto y Braz

A ilusão dos “anos dourados” é enterrada em 1974-1975: num processo inédito no pós-guerra, registra-se então uma recessão generalizada, que envolve simultaneamente todas as grandes potências imperialistas e a que se seguiu outra, em 1980-1982, na qual se constatou que “as taxas de lucro voltam a descer ainda mais”...A onda longa expansiva é substituída por uma onda longa recessiva: a partir daí e até os dias atuais, inverte-se o diagrama da dinâmica capitalista: agora, as crises voltam a ser dominantes, tornando-se episódicas as retomadas (2006: 214).

Esta onda recesiva de la economía capitalista, coincide con la “crisis de la sociedad contemporánea”, producto del derrumbe del Estado de Bienestar y del Socialismo Real (Netto, 1993). La crisis del Estado de Bienestar, es el producto de la incompatibilidad de los interés del capital con aquel accionar estatal dirigido a actuar sobre la economía (sus funciones extraeconómicas) y asegurar determinados derechos políticos y sociales. Mientras que la crisis del Socialismo Real, en cuanto patrón determinado de socialización socialista, alcanzó una limitada socialización política, que trabó el desarrollo de la socialización económica y con ello, la construcción de un nuevo patrón de crecimiento.

En este escenario político y económico, comienza a configurarse el proyecto neoliberal, como proyecto societal del capital. Netto y Braz (2006) refieren que este proyecto se sustenta en tres pilares fundamentales: la reestructuración productiva, la financiarización y la ideología neoliberal.

El primero de estos pilares, supone el transito de un patrón de producción “rígido” –fordista-keynesiano- a uno de carácter “flexible”. Según Antunes (2001), este patrón de producción “flexible” –que llama “toyotismo”- supone un doble movimiento: en primer lugar,

la incorporación del desarrollo tecnológico, que genera una mayor automatización del trabajo, reduciendo la demanda de trabajo vivo, dando lugar al surgimiento de un trabajador polivalente y en segundo lugar, se consolida una producción orientada al mercado regional, rompiendo con la estandarización, buscando atender las variables culturales y regionales. Este patrón de producción adopta la forma de “fábricas difusas” (Netto, 1996), mediante procesos de tercerización y subcontratación, generando que las casas motrices dejen de producir la totalidad de las mercancías y compren directamente esta producción a otras empresas más pequeñas.

Esta reestructuración productiva se da mediante una revolución tecnológica constante de los medios de producción, para aumentar la productividad del trabajo y ahorrar “trabajo vivo” (Netto, 1996). Al mismo tiempo, se impulsa una reestructuración del mercado laboral, originando formas de contratación y jerarquización dentro de los trabajadores, existiendo una porción reducida de trabajadores a tiempo completo y con estabilidad laboral y una gran masa de trabajadores a tiempo parcial, con escasas posibilidades de estabilidad laboral (Harvey, 2004). Esto produce un impacto directo en la clase trabajadora, ya que

...este abanico de cambios otorga actualmente al capital la iniciativa y la ofensiva estratégicas y tácticas por las cuales está encontrando al conjunto de los trabajadores en una situación extremadamente difícil: divididos por cortes étnicos, étnicos y de género, atomizados por la introducción de nuevos procesos productivos, los trabajadores tienen disueltas sus identidades clasistas (tradicionalmente asumidas por los partidos proletarios y por el movimiento sindical, ambos en dramático proceso de redefinición) y no desarrollaron todavía nuevas formas de articulación universalizadora de sus intereses (Netto, 1992a: XXII).

Junto a este proceso de reestructuración productiva, se da la financiarización de la economía, acrecentándose el capital especulativo mediante transacciones financieras, que no se traducen en inversiones productivas. Esto aumenta el capital ficticio, resultando desproporcional a la producción real de valor (Netto y Braz, 2006).

Esta flexibilización, que tiene lugar en el modo en que se encuentra organizada la producción, lo trasciende, abarcando también el patrón de regulación social. Ambos, son una expresión de la transición contemporánea en el proceso de producción y reproducción social y la unidad existente entre el régimen de acumulación y la materialización de una serie de normas, leyes, hábitos “...que aseguren la unidad del proceso, es decir, la conveniente consistencia de los comportamientos individuales respecto del esquema de reproducción” (Harvey, 2004: 143-144).

Una expresión de este proceso de transformación se encuentran en el Estado y sus atributos: ya que el capital demanda un Estado mínimo, que reduzca sus gastos sociales y al mismo tiempo, la consolidación de un Estado fuerte, capaz de controlar a la clase trabajadora (Anderson, 1999). Inclusive, si se analiza el accionar estatal sobre las manifestaciones de la “cuestión social”, se observa a grandes rasgos, un movimiento que condice con este proceso, ya que, por un lado, se “refilantropizan” aquellos sectores improductivos del capital, quedando en manos del “tercer sector”, por el otro, se “remercantilizan” aquellos servicios que pueden arrojar algún tipo de ganancia (Montaño, 2003).

Además de los procesos de flexibilización y financiarización de la producción, el proyecto neoliberal impulsa una serie de valores, que hacen a la reproducción espiritual de la relación social general. En ese sentido, la ideología neoliberal impulsa

...uma concepção de homem (considerado atomisticamente como possessivo, competitivo e calculista), uma concepção de sociedade (tomada como um agregado fortuito, meio de o indivíduo realizar seus propósitos privados) fundada na idéia da natural e necessária desigualdade entre os homens e uma noção rasteira da liberdade (vista como função da liberdade de mercado) (Netto y Braz, 2006: 226).

En ese sentido, el proceso de producción y reproducción de la vida social, no sólo produce la riqueza material, sino también un determinado modo de vida, un proceso particular de socialización del individuo, en el que aprende determinados valores, creencias y conocimientos. Es decir, como recalca Soares Santos, se va produciendo una determinada conciencia, que corresponde al proyecto neoliberal, determinada por lo *“fugida e efímera... ela é marcada pela incerteza; do ritmo frenético das inovações lançadas no mercado, ela precisa ser cadz vez mais descartável capaz de consumir as novidades”* (2007: 28-29).

Estas, son algunas de las determinaciones macroscópicas de la sociedad tardoburguesa. Como refiere Netto (1996), este proceso de flexibilización adquirirá rasgos particulares dentro de la esfera cultural, atravesada por la penetración de la lógica del capital y la creciente socialización a partir de los medios electrónicos.

En particular, en las ciencias sociales, las vertientes posmodernas representarán esta flexibilización de la vida social –en cuanto unidad del proceso de producción y reproducción–, pero quedándose aprisionadas en sus capas epidérmicas y fenoménicas.

Dentro de las perspectivas posmodernas, predomina una pluralidad de posiciones, que entre sí, son conflictivas y contradictorias. Es por ello, que no existe una “teórica posmoderna”, sino a lo sumo, un “campo posmoderno”, donde inclusive, es posible identificar, un posmodernismo de oposición y otro de celebración (Netto, 2004). Teniendo en

cuenta esto, el campo posmoderno es tributario de tres grandes movimientos: el primero de ellos, ligado al arte, donde predomina el ocaso de las vanguardias artísticas y la construcción de una obra de arte que no “representa nada”, o si lo hace, son meras apariencias de la vida social (Jameson, 1992), junto a las técnicas del pastiche, el bricolage y la mezcla. El segundo, ligados a aquellas visiones teóricas que hablan de una “sociedad postindustrial”, donde el trabajo ha dejado de ser la praxis fundamental del hombre y el conocimiento científico ha permitido una producción preponderantemente de servicios. El tercer movimiento es el posestructuralismo, que en sus diversas corrientes, apuntan a revitalizar los aspectos fragmentarios, heterogéneos y plurales de la vida social (Callinicos, 1993).

Retomando esas tres fuentes, el pensamiento posmoderno parte de un diagnóstico concreto: la crisis del Proyecto de la Modernidad y el incumplimiento de sus promesas: la emancipación humana y la consecución de la libertad y la felicidad del hombre. En ese sentido, estas visiones posmodernas recalcan la absorción de la razón emancipadora por la razón instrumental. Es decir, la posmodernidad se define por la negación y rechazo de la modernidad.

Esta crítica no presenta por sí misma alguna novedad, ya que diversos autores, en diferentes momentos históricos y desde diversas posiciones teóricas y políticas, venían denunciando y criticando la desaparición de la racionalidad emancipadora. Sin embargo, el rasgo distintivo de las concepciones posmodernas, es la renuncia de cualquier proyecto superador de la modernidad. En relación a ello, Harvey afirma que *“Esto se tradujo en una vigorosa denuncia de la razón abstracta y en una profunda aversión hacia cualquier proyecto que aspirara a la emancipación humana universal y a través de la movilización de la tecnología, la ciencia y la razón”* (2004: 58). Es decir, la posmodernidad no alcanza a construir estrategias emancipadoras universales, sino, que a lo sumo, se proponen salidas “microsociales”, producto de la “fragmentación” social y de la multiplicidad de actores y sujetos actuantes. La posmodernidad descalifica la acción política, negando la posibilidad de transformación general de lo existente (Sánchez Vázquez, 1992).

Por lo tanto, la posmodernidad, no logra captar las determinaciones particulares que atraviesan al Proyecto de la Modernidad, esto es, el desarrollo en conjunto con el modo de producción capitalista, que profundizó la absorción de la razón liberadora mediante la racionalidad instrumental. La posmodernidad, con sus planteos, produce una “entificación de la razón” (Netto, 2004), colocando a la razón moderna como la responsable por el incumplimiento del ideario de la modernidad y desconociendo el orden social capitalista.

Las posiciones de la posmodernidad, que buscan romper con la razón moderna, serán complementadas con la “crisis de los paradigmas” (Netto, 1992b), que pone en cuestión el modo de hacer ciencia. No sólo se cuestionaba al paradigma positivista –crítica que ya venía realizando el marxismo y el comprensivismo- sino que también, cualquier tipo de racionalidad de la modernidad. Esta crisis en el “modo de hacer ciencia”, es acompañado por la aparición de “nuevos” fenómenos sociales –llamados la “otredad”- como las minorías, nuevas expresiones culturales, que no podrían ser pensados y analizados desde los paradigmas de la modernidad (Evangelista, 1992). De allí, la propuesta de la posmodernidad de construir nuevas visiones, que den cuenta de los “nuevo”, lo “fragmentario” y rompa con la razón instrumental que domina al hombre.

Dentro del campo posmoderno, esto se expresa en la “muerte de los metarrelatos” (Lyotard, 1993) ligados al Iluminismo y la búsqueda de la emancipación del hombre, así como del Idealismo Alemán, que plantea el devenir de la Idea. La ciencia se encontraría frente a una “transición paradigmática” (Sousa Santos, 2006) que diluye lo universal, la totalidad, porque ésta oprimió lo singular, lo diferente, las minorías. Como recalca Netto (2002), la negación de la perspectiva de totalidad por la posmodernidad, responde a dos grandes “argumentos”: en primer lugar, al relacionarla con una tendencia totalitaria, en segundo lugar, porque la totalidad ya no existe en la realidad, apenas partes, fragmentos inconexos entre sí.

La realidad, según las posiciones posmodernas, estaría constituida por una red de comunicaciones lingüísticas, compuesta por una pluralidad de juegos de lenguajes. En esta pluralidad, la ciencia ya no tiene un lugar predominante, sino que es un discurso más dentro de los juegos del lenguaje. Existen “mini-racionalidades” (Sousa Santos, 2000) que tienen un mismo status y el conocimiento no es una verdad en sí misma, por el contrario, es una retórica basada en consenso de una comunidad científica. El conocimiento no apunta a reconstruir las determinaciones concretas de la realidad, sino que son el producto de representaciones lógicas construidas subjetivamente. De este modo, el conocimiento científico es producto de dos cuestiones: el acuerdo de una comunidad científica, que determina a partir de un “patrón de científicidad” que es y que no es conocimiento científico y el reconocimiento de una mayor flexibilidad en ese patrón de científicidad, al no existir una única verdad, sino múltiples y diferentes verdades.

Por lo tanto, la ciencia debe captar lo “paralogístico”, esto es, lo microsociales, lo fractal, las “prácticas discursivas”, la tematización de los “nuevos sujetos” (“otredad”), abordando la realidad como un “*caleidoscopio de micro-objetos*” y en un cotidiano no estructurado, heterogéneo y pluralista (Evangelista, 1992). Esto conduce a un proceso de

“semiologización de lo real” (Netto, 1996), que convierte al ser social en figuras “fatasmiales”, que habitan y se mueven en textos diferentes. Para la posmodernidad, el mundo real es idéntico a la representación simbólica que se haga de ella, producto del fuerte escepticismo en torno a la objetividad de la verdad, la razón y la identidad (Eagleton, 1997).

El posmodernismo, de este modo, se constituye en un irracionalismo producto del momento particular del capitalismo: el proceso de flexibilización del proceso de producción-reproducción del capitalismo tardío y su fase actual de crisis estructural del capital. Así, la posmodernidad es una fusión entre el irracionalismo y la miseria de la razón (Coutinho, 2006) que disuelve completamente al objeto –la realidad, con sus determinaciones ontológicas y objetivas- y se erige una subjetividad plena, que sin demasiado esfuerzos, puede captar las representaciones y generar un conocimiento de la realidad. En ese sentido, la posmodernidad es una ideología que construye imágenes aparentes de la realidad, quedando aprisionadas en el nivel fenoménico de la realidad y reproduciendo la alienación y cosificación de las relaciones sociales.

En síntesis, el pensamiento posmoderno rompe definitivamente con la razón ontológica. Como recalza Zaidan Filho, en detrimento de la dialéctica, se promueve la intuición, el holismo y el empirismo y por ende una **desreferencialización de lo real**, en el que la representación simbólica de lo real ocupa el lugar de la realidad objetiva. Como afirma el autor, “*Não há real e muito menos um “sentido” nesse real. Há somente o simulacro, a imagem, a representação (imaginária) dessa realidade*” (Zaidan Filho, 1989: 21). El humanismo, que reconocía al hombre como un ser social que actúa y transforma la realidad, desde la abstracta declaración de la “muerte del sujeto” y la existencia de individuos múltiples y heterogéneos, sin una identidad colectiva que los agrupe, se genera la **desubstancialización del sujeto**, en la que el sujeto es reducido a un haz de sensaciones hedonistas, en el que “*...o mundo histórico torna-se um fantástico caleidoscópio de microobjetos, sem sentido, sem hierarquias causais, sem razão...Não existe aí nenhuma possibilidade de determinação ontológica do conhecimento histórico...e muito menos uma subjetividade racional, unificada, autoconsciente, capaz de entender (explicar) este mundo*” (Zaidan Filho, 1989: 22). Finalmente, el historicismo se convierte en una poshistoria, o simplemente, se afirma el “fin de la historia”. El presente es un *continuum* que absorbió el pasado y el futuro. Así, se genera un **descentramiento de lo político**, en el que la historia no tiene sentido y en el que el cotidiano sustituye al futuro y lo inmediato a lo mediato (Zaidan Filho, 1989).

La posmodernidad en Trabajo Social.

Las transformaciones ocurridas en la sociedad tardo-burguesa, a partir del proyecto neoliberal, no son un “telón de fondo” (Iamamoto, 2003) a partir del cual comprender el Trabajo Social, sino que por el contrario, la profesión, al encontrarse inserta en la división social y técnica del trabajo, como una de las modalidades movilizadas por el Estado para atender las manifestaciones de la “cuestión social”, sólo puede ser comprendido en este escenario contemporáneo más amplio. Esto no significa que el Trabajo Social es una mera causa de los procesos macroscópicos, sino el resultado –siempre parcial, al encontrarse en permanente devenir- entre dichos procesos y el complejo práctico, político y teórico que va configurando la profesión (Netto, 1996).

Dentro de las respuestas que se van configurando en la profesión en los últimos años, se ha consolidado en el Trabajo Social argentino un campo posmoderno, que desde diversas posiciones, inclusive algunas de ellas dispares y contradictorias entre sí, articulan diversas alternativas y respuestas teóricas, políticas y prácticas para la profesión. Dentro de esta pluralidad de posiciones, este artículo, busca aprender aquellos trazos comunes de estos diversos autores, en particular, en lo que refiere al modo de aprehender la realidad y como a partir de ello, configuran y organizan la intervención profesional¹.

Un primer elemento distintivo que aparece en la pluralidad de posiciones posmodernas, son las consideraciones en torno al escenario contemporáneo: el mismo se encuentra atravesado por una crisis estructural o directamente refieren a una crisis de la modernidad, donde la verdadera crisis se encuentra ubicada en el plano de lo simbólico, es una crisis simbólica de los imaginarios y representaciones sociales y con ello, una ruptura en los lazos sociales y en las identidades. En torno a ello, una de las autoras señala:

...la crisis de la actual sociedad occidental, como un crisis de las significaciones imaginarias sociales. La red institucional a perdido su significación y está funcionando sobre la base de imaginarios sociales contruidos en otro momento histórico (es decir)...se está frente a una ruptura profunda de los esquemas referenciales operatorios de la sociedad, sacudiendo así sus prácticas sociales (Malacalza, 2000: 13)

A partir de esta crisis, la realidad se fragmentó en múltiples partes, siendo cada una de éstas entes separados y aislados entre sí. Es decir, se enfatiza la inexistencia de una totalidad concreta, ya sea por la “totalización” de determinados aspectos en detrimento de otros, en el sentido de que priorizando una posición teórica –por ejemplo el psicoanálisis, el marxismo, el comprensivismo- el todo se convierte en algo “político” o “económico” o “psíquico”; así como también el argumento de que la realidad adquiere nuevos sentidos que impiden

considerarla como una totalidad, en este caso, el argumento se liga a la ruptura de los procesos colectivo y a la aparición de la incertidumbre como falta de pertenencia a un todo. En relación a ello, uno de los autores señala que *“La perdida de la noción de totalidad, remite nuevamente a la ruptura de los procesos colectivos y hace reflexionar en tanto procesos de individuación que terminan fragmentando a la propia individualidad”* (Carballeda, 2004: 33).

De este modo, la realidad no solo se convierte en una pulverización de fragmentos, sino que también asume un carácter “opaco”, falto de transparencia y algo que es “heterogéneo” y “plural”, en detrimento de un cierto grado de homogeneidad que existía en la modernidad (Malacalza, 2000). La “existencia real” de partes supone una serie de esferas vinculadas a lo “social”, lo “político”, lo “económico” y lo “cultural”. Estas esferas se vinculan y relacionan entre sí, pero por adquirir estatus de “partes en sí mismas” resultantes de la fragmentación, tienen una doble dinámica: una intrínseca, de carácter interna y que corresponde a cada esfera y otra extrínseca, de carácter externa, en la que se vinculan las diversas esferas entre sí (Carballeda, 2002).

Cada esfera, que adquiere una “relativa autonomía” con respecto a las demás, le corresponde una dimensión micro y macro. Lo “social”, por ejemplo, tiene una dimensión microsocial y otra macrosocial. Entre lo microsocial y lo macrosocial hay una relación de carácter externo, ya que cada hecho que sucede dentro de lo “social”, por ejemplo un “problema social” tiene una doble dimensión: una macrosocial, de carácter cuantitativa y una microsocial, de carácter singular, ya que el impacto de lo “macrosocial” sobre lo “microsocial” es singular, con efectos únicos en cada sujeto. De allí, que con esta relación entre lo micro y lo macro, sea casi imposible elaborar desde la teoría, leyes universales tendenciales. Por lo tanto, la relación externa entre lo “micro” y lo “macro” marca la necesidad de referirse más que a una realidad a múltiples y diversas realidades, en el que las esferas de lo “social”, lo “político”, lo “económico” y lo “cultural”, se expresan de modo único e irrepetible en la subjetividad y en lo micro (Carballeda, 2002).

Más que hablar de una realidad, habría que hablar de realidades, en el que las esferas adquieren un significado y sentido único e irrepetible en la subjetividad de los sujetos, ya que *“...la “verdad” de la vida social se encuentra en la subjetividad de sus participantes”* (Carballeda, 2002: 96). Así, se establece una prioridad de la parte sobre el todo, producto de la separación de la totalidad -que no es más que la realidad-, apareciendo partes que son aisladas y fragmentarias.

Junto a esta doble fragmentación de la realidad, en esferas y sus dimensiones constitutivas, algunos autores recalcan que la realidad se constituye en un texto, en el que los acontecimientos van conformando un “orden gramatical”. Aquí se presenta lo expresado en el segundo apartado de este artículo como la “semiologización de lo real”.

En síntesis, la realidad es fragmentación, lo opaco y difuso y al mismo tiempo, algo que no es ni la suma de los sujetos ni sus intersubjetividades. Si la realidad asume estas características, cabe la siguiente pregunta: ¿Cómo conocerla? La respuesta implica un proceso de aprehensión de la misma desde lo singular y lo microsocioal.

Es decir, considerada de este modo la realidad, la misma puede ser aprendida a partir de lo singular y lo microsocioal, reconociendo al actor y su subjetividad. Esta perspectiva, que recupera “el punto de vista del actor”, su protagonismo y singularidad propone romper con miradas “totalizantes”, por ser un “obstáculo epistemológico” para comprender la realidad. En palabras textuales del autor, el “obstáculo epistemológico”

...estaría en la adscripción a una u otra teoría social, o forma de comprender lo social, que impediría “reconocer” lo nuevo...Desde lo metodológico, estos cambios implican cierta renuncia a la elaboración de enunciados generales, que remiten al origen de las ciencias sociales y a su pretensión de dar respuesta a los interrogantes acerca de lo social, a la manera de las ciencias naturales (Carballeda, 2002: 82-83).

En ese sentido, para estos autores, tradicionalmente el pensamiento ha simplificado la realidad, comprendiéndola a partir de sus elementos o en base a la relación de los elementos, reduciendo toda la complejidad de la realidad. Por lo tanto, aprehender la realidad supone considerarla en sus dimensiones causales y no causales, subjetivas y objetivas.

Partiendo de estos elementos comunes a la hora de conocer la realidad, estas visiones teóricas, van configurando diversas propuestas en torno a la intervención profesional del trabajador social. La intervención, demanda superar las visiones “totalizantes”, asumiendo un “paradigma subjetivista”, en el que el accionar profesional es una construcción discursiva existente en el imaginario social y en el plano simbólico. Así, el Trabajo Social actúa con relatos, en los que aparecen representaciones, imaginarios, que son constitutivos de la conformación simbólica de un problema social. Por lo tanto, la profesión es un dispositivo que

...implica la generación de un tiempo-espacio artificial, es decir, un momento encuadrado desde la perspectiva de aquel que la recibe y la aplica. La intervención es desde esta perspectiva, una construcción que puede ser definida como discursiva y con una fuerte presencia en el imaginario social, como así también dentro del plano de lo simbólico (Carballeda, 1996: 14).

Este dispositivo, que actúa sobre los imaginarios y discursos de los sujetos con los que trabaja el Trabajador Social, busca “...disminuir, atenuar el padecimiento de quien consulta, pero especialmente en función de la recuperación de sus lazos sociales, en definitiva, de su vinculación histórico-social con los otros” (Carballeda, 2006: 143).

La intervención del Trabajo Social, queda reducida de este modo, al trabajo con las representaciones y la subjetividad de los individuos. Predomina una intervención basada en la “palabra, la escucha y la mirada”, que implica

...la necesidad de una búsqueda, de una construcción, de una modalidad discursiva diferente, determinada ahora por el sujeto, por su propia palabra, por su singularidad, a la vez que recupera la importancia de los vínculos de esos sujetos con otros, buscando desde allí una resemiotización de aquello que se construye discursivamente como hegemónico. Una alternativa de la gramática que permita una nueva enunciación de lo real (Carballeda, 2002: 111).

Es por ello, que la intervención del trabajador social indaga en torno las motivaciones, buscando “hacer ver” lo que el otro tiene, disminuyendo los padecimientos subjetivos de los sujetos con los que se trabaja. La intervención del trabajador social, queda reducida al trabajo con las representaciones y la subjetividad de los sujetos, promoviendo una resemiotización de lo discursivo, que permita una nueva enunciación de lo real. El trabajo con lo simbólico tiene su explicación en dos causas: por la imposibilidad que tiene el Trabajo Social de resolver la dimensión material de las necesidades y problemáticas sociales de los sujetos y por la crisis del Estado, en el que los recursos pierden su fin integrador, colocando como única alternativa de intervención lo simbólico.

Hasta aquí, algunos breves señalamientos en torno a la forma de comprender la realidad y el modo de estructurar la intervención profesional desde posiciones posmodernas, en el que una nueva enunciación simbólica, contribuye a generar un cambio simbólico en la subjetividad del individuo.

Si esta es la lógica cultural del capitalismo tardío y es la expresión de la conciencia de los individuos contemporáneos ¿Cabe la posibilidad de introducir otro modo de aprehender la realidad? Y más aún, si este modo recupera aquella tradición de la etapa ascendente y progresista de la burguesía, que es superada al mismo tiempo por el pensamiento de Marx y su razón ontológica.

Este interrogante, supone una serie de respuestas que apunten a recuperar el “núcleo racional” de la dialéctica marxiana, que junto al humanismo y al historicismo concreto, Marx los volvió materialista, resignificándolos e incorporándolos en su pensamiento.

Una primera respuesta aproximativa, a porqué recuperar el método dialéctico, como el modo adecuado de captar y aprehender el movimiento de lo real –que luego se vinculará con la formulación de estrategias de intervención- se liga fundamentalmente a dos cuestiones: la primera, la necesaria ruptura con la pseudoconcreción, proceso con el cual es posible captar la esencia y las mediaciones de los fenómenos sociales y para ello, en segundo lugar, se vuelve fundamental reconocer el carácter ontológico de la realidad.

Tomando por punto de partida la pseudoconcreción, se reconoce que ella se desarrolla en todo su esplendor en la vida cotidiana. La misma, se constituye en un ámbito insuprimible de todas las sociedades, desarrollándose en ella procesos de producción y reproducción de relaciones sociales y representaciones. Netto (1994) recupera tres determinaciones ontológicas de la vida cotidiana: la *heterogeneidad*, en la que coexisten diversas actividades en las que el sujeto se objetiva y dirige su atención hacia demandas muy diferentes entre sí en el intento de resolverlas; la *inmediaticidad*, ya que ante las diversas demandas se responde con una relación directa entre pensamiento y acción; y la *superficialidad extensiva*, ya que las demandas del cotidiano son amplias, difusas e inmediatas, los sujetos las atienden de manera superficial, dado que la prioridad se centra en responder a los fenómenos por su extensividad.

Por lo tanto, la vida cotidiana es el ámbito en el cual el individuo y la sociedad mantienen una relación espontánea, pragmática y sin crítica. Es el ámbito en el que se reproducen no sólo prácticas y relaciones sociales, sino también ideas y valores que atraviesan a toda la sociedad. El cotidiano es un ámbito favorable para que en las diversas situaciones históricas se produzcan procesos de fetichización de las relaciones humanas y en particular, en el modo de producción capitalista, la alienación del hombre. Se puede afirmar que en la vida cotidiana se presentan las capas externas y fenoménicas de los fenómenos sociales y por ende, es el lugar de la pseudoconcreción, de la praxis fetichizada y de los objetos inmutables, en la que se presenta la realidad social como dada y de carácter natural.

Es por ello, que el cotidiano requiere un proceso de negatividad en el cual, lo que se presenta como dado, autodeterminado y naturalizado sea destruido y logre romper con la aparente autonomía del “fragmento” (parte). Por este camino, se consuma la destrucción de la apariencia de las cosas. La razón dialéctica señala la necesidad de superar esta pseudoconcreción, que no es más que la apariencia de los fenómenos sociales, para descubrir

su estructura interna, su esencia, ya que lo que se presenta como dado, en su inmediatez no exhibe su carácter mediato de parte en un todo y se presenta como un elemento deshistorizado y autodeterminado.

Por lo tanto, para la perspectiva marxista, el proceso de superación de la apariencia (pseudoconcreción) para captar la esencia, presume que los fenómenos sociales se encuentran dentro de una totalidad concreta más amplia que la contiene, en el que se produce una doble relación:

de un lado, definirse a sí mismo, y, de otro lado, definir al conjunto; ser simultáneamente productor y producto; ser determinante, y, a la vez, determinado; ser revelador y, a un tiempo, descifrarse a sí mismo; adquirir su propio auténtico significado y conferir sentido a algo distinto. Esta interdependencia y mediación de la parte y del todo significa al mismo tiempo que los hechos aislados son abstracciones, elementos artificialmente separado el conjunto, que únicamente mediante su acoplamiento al conjunto correspondiente adquieren veracidad y concreción (Kosik, 1965: 61).

Asumir una perspectiva de totalidad, se fundamenta en el modo de concebir la realidad y no en una cuestión epistemológica o metodológica. Lessa (2007), recuperando los planteamiento de Lukács, va a señalar que la realidad de los hombres es un “complejo de complejos”, en el que el desarrollo de la diferenciación de las actividades del ser social no implica una fragmentación social ni la pérdida de totalidad de los complejos, sino una unidad más compleja y enriquecida por diversas mediaciones.

Lo real se constituye en una totalidad concreta en permanente devenir, cuyo movimiento adquiere la forma de una unidad de contrarios. Es por ello, que Kosik afirma que la

Totalidad significa: realidad como un todo estructurado y dialéctico, en el cual puede ser comprendido racionalmente cualquier hecho (clases de hechos, conjuntos de hechos)... Los hechos son conocimiento de la realidad si son comprendidos como hechos de un todo dialéctico, esto es, si no son átomos inmutables, indivisibles e inderivables, cuya conjunción constituye la realidad, sino que son concebidos como partes estructurales del todo... Sin la comprensión de que la realidad es totalidad concreta que se convierte en estructura significativa para cada hecho o conjunto de hechos, el conocimiento de la realidad concreta no pasa de ser algo místico, o la incognoscible cosa en sí (1965: 56-57).

Si la realidad es una totalidad, ¿Cómo aprehenderla? La aprehensión de lo real y en particular su movimiento de génesis y estructura es posible mediante aproximaciones sucesivas, en el cual las mediaciones son esenciales para captar las determinaciones y relaciones existentes en el todo social. Las mismas, son categorías ontológico-reflexivas, que existen objetivamente en

la realidad y son reflexivas porque la mente hace un esfuerzo para reproducirlas. Como sintetiza Pontes, son “*expressões históricas das relações que o homem edificou com a natureza e conseqüentemente das relações sociais daí decorrentes, nas várias formações sócio-humanas que a história registrou*” (1995: 78).

Las mediaciones entre lo singular; lo particular y lo universal permiten captar las articulaciones y movimientos entre las partes y el todo. A decir de Lukács

La ciencia auténtica toma de la realidad misma las condiciones estructurales y sus transformaciones históricas, y cuando formula leyes éstas abrazan sin duda la universalidad del proceso, pero de tal modo que puede siempre descender desde esa legalidad hasta los hechos singulares de la vida, aunque, ciertamente, ello ocurra a menudo a través de muchas mediaciones. Esta es precisamente la dialéctica, concretamente realizada, de lo universal, lo particular y lo singular (2002: 84).

Lo singular se constituye como el nivel de existencia inmediata; la expresión “en sí” de los hechos sociales; es decir, se presenta como una totalidad caótica. Mientras que lo universal se constituye como las leyes de tendencia (legalidad social) existentes en un complejo social. En la dialéctica de lo singular y lo universal se encuentra la clave para conocer el modo de ser del ser social: lo particular. Lo particular representa un campo entero de mediaciones que

representa frente a lo singular una relativa universalidad, y una relativa singularidad respecto de lo universal...En la particularidad, en la determinación, en la especificación, se esconde, pues, un elemento de crítica, de ulterior y más concreta determinación crítica de un fenómeno o de una legalidad. Es una concretización crítica mediante el descubrimiento de las mediaciones reales hacia arriba y hacia abajo en las relaciones dialécticas de lo universal y singular (Lukács, 2002: 108).

La categoría particular permite comprender la mediación entre hombres singulares y la sociedad, donde se supera la inmediatez y el “aislamiento” del hombre singular, al mismo tiempo que las leyes tendenciales que actúan a nivel universal de la sociedad (como la relación capital-trabajo; el papel del Estado, etc.) cobran formas particulares. A decir de Lukács

... (la singularidad) de una tal situación no puede llevarse a claridad teórica, ni por tanto a aprovechamiento práctico, sino mostrando cómo las leyes generales se especifican en el caso dado (lo particular), y que esa situación única, que por principio no se repetirá en esa forma, puede ser concebida en la total interacción de las leyes generales y particulares conocidas (2002: 98).

En síntesis, las mediaciones permiten aprehender las particularidades de los fenómenos sociales; que no pierden su carácter singular y universal, sino que en esa relación se captan las determinaciones y relaciones de los fenómenos sociales.

De allí el carácter superador del método dialéctico para aprehender la realidad y su movimiento. El pensamiento posmoderno no sólo no logra captar las determinaciones entre lo singular y lo universal, sino que cuando intenta hacerlo establece una relación exterior hecha por el sujeto, sin captar el movimiento que realmente se desarrolla en la realidad.

Así se erigen dos polos, un singular ahistórico, como parte autodeterminada y un universal abstracto -que en muchos casos se remite a una suma de las partes-, que establece la prioridad de la parte sobre el todo. Esto se manifiesta en la relación “micro” y “macro”, que presenta dos esferas separadas entre sí, negando de este modo lo particular, en cuanto expresión de lo singular universalizado y lo universalizado singular, que no es más que la “síntesis de múltiples determinaciones”, donde esas síntesis debe ser descompuesta en sus partes singulares, sus elementos simples, para salir de una visión caótica de lo real y a partir de las mediaciones reconstruir en el pensamiento las relaciones y determinaciones entre la parte y el todo.

Este proceso de aprehensión de la realidad, que reconstruye de modo ideal el movimiento de lo real, es fundamental no sólo para comprender la realidad, que avanza de la apariencia a la esencia, sino también es de suma importancia para la intervención profesional. El ámbito cotidiano del ejercicio profesional no se encuentra apartado de aquello ya descripto acerca de la vida cotidiana. En el cotidiano, prevalece lo superficial y las respuestas inmediateistas, una lógica instrumental (Guerra, 2007) promueve lógicas interventivas que priorizan lo inmediato y lo operativo, rompiendo las mediaciones entre los medios y los fines.

Para superar respuestas inmediateistas, se vuelve fundamental reconocer la particularidad de los espacios institucionales en los cuales el trabajador social realiza su trabajo, pero también, poder reconstruir el “objeto de intervención”, mediante aproximaciones sucesivas que permitan al profesional direccionar su intervención de forma conciente, incluyendo finalidades a corto, mediano y largo plazo

Es decir, el nivel de lo particular supone

que las leyes tendenciales, que son capturadas por la razón en la esfera de la universalidad, como las leyes del mercado, relaciones políticas de dominación etc., actúan como si tomasen vida, se objetivasen y se hiciesen presentes en la realidad singular de las relaciones sociales cotidianas, desingularizándolas y transformando lo que era universal en particular, sin perder su carácter de universal ni su dimensión de singularidad (Pontes, 2003: 216).

Por lo tanto lo particular capta en un objeto de intervención sus determinaciones ricas y diversas, que permite al profesional asumir la construcción de una estrategia de intervención real, en la que los medios y fines son dos elementos centrales a considerar en la direccionalidad de la intervención. A partir de las mediaciones, es posible superar la demanda institucional, incorporándola a la demanda profesional (Pontes, 1995).

Diferente es la intervención desde una perspectiva posmoderna, que no puede superar la inmediatez y queda aprisionado dentro de la demanda institucional. Así la intervención

Tiende a “preocuparse” y a actuar de forma inmediata y sin crítica, sin buscar la transformación, sino sólo algunos cambios inmediatos, localizados, que respondan a las carencias inmediatas; actúa de modo desarticulado, inmediato, directo, en los “problemas” singulares, en una realidad des-totalizada, des-economizada, des-politizada, inmutable, sin historia (Montaño, 2007: 245).

Este modo de intervención se conforma en un **pensamiento y acción de capitulación**, en el que se acepta pasivamente la desaparición de la dimensión material de la intervención profesional, quedando reducida al trabajo con las representaciones y la subjetividad. Se promueve un accionar profesional que “...*restitui em novos discursos e práticas o apelo ao individualismo materializado na auto-ajuda, na auto-estima, à forma em detrimento do conteúdo, ao holismo em substituição a universalidade e a verdade em nome do “ponto de vista” ou do “olhar”*” (Ortiz, 2007: 27). Pero no sólo ello, sino que también profundiza una intervención de carácter **idealista**, ya que, promueve como *única* salida para la intervención del trabajador social el abordaje de las representaciones de los sujetos. Así, se produce una inversión en el cual pareciera que cambiando las representaciones se cambia la realidad, volviendo a posicionamientos que Marx criticó y que sintetizó diciendo “*no es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino, por el contrario, es su existencia social lo que determina su conciencia*” (2004: 66-67).

La perspectiva marxista no niega la posibilidad de trabajar la subjetividad, pero si niega dos cuestiones: el reconocimiento de una subjetividad ahistórica, desconectada de las determinaciones estructurales y que el trabajo con lo subjetivo se constituya en el único camino posible para la intervención profesional.

Del mismo modo, las tensiones y las disputas en la direccionalidad de los servicios sociales, es ofuscada y ocultada, apareciendo el trabajo profesional como un trabajo de intersubjetividades, entre la subjetividad del profesional y la subjetividad de sujeto con el que se trabaja.

Es por ello, que se afirma que la perspectiva marxista es superadora, porque permite construir estrategias de intervención que rompan con la racionalidad instrumental, que reconozca los límites y posibilidades de la institución en la que se encuentra inserto el profesional, que realice un mapeo de fuerzas políticas para construir alianzas que refuercen la dimensión progresista de los derechos conquistados por la clase trabajadora. Sólo así es posible generar estrategias de intervención que no queden sólo en el corto plazo, sino también en el mediano y largo plazo, pero que también permitan salir de la atención del “caso por caso”, promoviendo alternativas profesionales colectivas, sustentadas en valores emancipatorios.

Algunas consideraciones finales.

La posmodernidad, como nueva parte de la “decadencia ideológica de la burguesía” en la tapa actual del “capitalismo tardío”, es expresión de las tendencias teóricas contemporáneas, basadas en un irracionalismo que se aleja cada vez más de la comprensión de la realidad, al quedar aprisionada en apariencias, o en la simple construcción de imágenes ideológicas.

En esa línea y en particular en lo que respecta al Trabajo Social, se ha enfatizado la necesidad de recuperar el método dialéctico, como aquel que permite aprender las determinaciones existentes en el concreto, como parte de una totalidad más amplia que la contiene. La posmodernidad, por el contrario, celebra la parte aislada, la inmediatez, incluso reproduciendo algunas de las cualidades del cotidiano y su saber: la relación directa entre pensamiento y acción.

Esta crítica encarada en este artículo, quedaría inconclusa si al menos no se hiciera alguna referencia al humanismo y al historicismo concreto. En ese sentido, el **humanismo** coloca al hombre en el centro de su acaecer individual y colectivo, pero no sólo ello, sino que reconoce que es con el trabajo –su praxis fundamental- como el hombre transforma sustancialmente la naturaleza, resolviendo las necesidades que se le presentan, y al mismo tiempo, esto actúa en la naturaleza humana, transformando al hombre, al apropiarse de las potencialidades del medio. En esa línea, el humanismo permite comprender que la base fundamental de la vida humana se encuentra en el trabajo, a partir de las objetivaciones y exteriorizaciones del accionar humano, que no sólo transforman la naturaleza, sino también al propio hombre. La comprensión del humanismo no sólo contribuye a superar aquellas tendencias ligadas a la posmodernidad que plantean la “crisis del trabajo” o las “sociedades postindustriales o postsalariales”, sino que también, reconoce el núcleo esencial bajo el cual

se desarrolla la praxis primaria del hombre en el capitalismo, desarrollándose un proceso de alienación en el trabajo, que se extiende al resto de las relaciones sociales, cosificándose. Sin estos aportes, es imposible captar y criticar las determinaciones del capitalismo tardío.

Mientras que el **historicismo concreto**, tiene por premisa básica al humanismo: para que el hombre pueda “hacer historia”, necesariamente debe ser capaz de producir sus medios de vida, es decir, sea capaz de desarrollar el proceso de metabolismo social mediante la organización consciente y voluntaria del trabajo. Estas “condiciones para poder vivir”, van adquiriendo diversas formas históricas a lo largo del tiempo, ya que involucra el modo en que los hombres desarrollan sus procesos de trabajo y las relaciones que establecen entre ellos y con la naturaleza para satisfacer sus necesidades y con ello lograr la reproducción individual y social. A partir de este análisis, es que Marx y Engels (2005) afirman que el hombre coincide con su producción (en su proceso de producción y los productos generados a partir de él) al tiempo que la trasciende, ya que la forma en que se organiza el trabajo también da cuenta del modo en que los hombres organizan su vida. Es decir, el historicismo, permite realizar una crítica radical a aquellas tendencias posmodernas que eternizan la “contemporaneidad”, escondiendo con ello la historicidad propia del capitalismo y la base antagónica sobre la cual se erige, la lucha de clases entre el proletariado y los capitalistas.

En síntesis, la posmodernidad, negando el humanismo, el historicismo concreto y la razón dialéctica niegan toda posibilidad de reconstrucción de las determinaciones objetivas presentes en la realidad, así como cualquier intento por transformarla.

Es por ello, que la recuperación de estas categorías son fundamentales para el Trabajo Social, en la medida que ellas, permiten al profesional construir estrategias de intervención situadas, que mediante la aprehensión de las particularidades concretas presentes en los escenarios de intervención, permitan orientarla y direccionarla, de modo de saber cuando avanzar y cuando retroceder (Guerra, 2007), con quienes construir alianzas políticas y planear estrategias interventivas a mediano y largo plazo.

Finalmente, queda abierto para futuras indagaciones el posicionamiento de aquellos autores ligados a la posmodernidad respecto a la construcción de un proyecto ético-político profesional ligado a los proyectos societales en pugna. Ello, en la medida que la posmodernidad niega la posibilidad de construir proyectos societales y profesionales alternativos, reduciendo la cuestión ético-política a una mera opción individual.

Bibliografía.

- ANDERSON, P. “Neoliberalismo: un balance provisorio”, en: SADER E., GENTILI P. (Comps.): *La trama del neoliberalismo*. Buenos Aires: Editorial CLACSO-EUDEBA, 1999.
- ANTUNES, R. *¿Adiós al Trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y la centralidad del mundo del trabajo*. San Pablo: Cortez Editora, 2001.
 - CALLINICOS, A. *Contra el postmodernismo. Una crítica marxista*. Bogotá: El Áncora Editores, 1993.
 - CARBALLEDA, A. Lo social de la intervención. Revista *Escenarios*. Año 1, Número 2, pp. 9-14. Buenos Aires: UNLP, 1996.
 - CARBALLEDA, A. *La intervención en lo social. Exclusión e integración en los nuevos escenarios sociales*. Buenos Aires: Paidós, 2002.
 - CARBALLEDA, A. La intervención en lo social y las nuevas formas del padecimiento. Revista *Escenarios*. Año 4, Número 8, pp. 32-39. Buenos Aires: Espacio Editorial, 2004.
 - CARBALLEDA, A. *El trabajo social desde una mirada histórica centrada en la intervención. Del orden de los cuerpos al estallido de la sociedad*. Buenos Aires: Espacio Editorial, 2006.
- COUTINHO, C. N. *O estruturalismo e a miseria da raza*. Río de Janeiro: Editora Paz y terra, 1972.
- COUTINHO, C. N. *Intervenções. O marxismo na batalha das idéias*. San Pablo: Cortez Editora, 2006.
 - EAGLETON, T. *Las ilusiones del posmodernismo*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1997.
 - EVANGELISTA, J. *Crise do marxismo e irracionalismo pós-moderno*. San Pablo, Cortez Editora, 1992.
 - GUERRA, Y. “El proyecto profesional crítico: estrategia de enfrentamiento de las condiciones contemporáneas de la práctica profesional”, En: ROZAS PAGAZA M. (Coordinadora). *La profesionalización en trabajo social. Rupturas y continuidades, de la Reconceptualización a la construcción de proyectos ético-políticos*. Buenos Aires: Espacio Editorial, 2007.
 - HARVEY, D. *La condición posmoderna. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 2004.
- IAMAMOTO, M. *El servicio social en la contemporaneidad. Trabajo y formación profesional*. San Pablo: Cortez Editora, 2003.
 - JAMESON, F. *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1992.
 - KOSIK, K. *Dialéctica de lo concreto*. México: Editorial Grijalbo, 1965.
 - LESSA, S. *Para comprender a ontologia de Lukács*. Ijuí: Editora Unijuí, 2007.
- LUKÁCS, G. *La crisis de la filosofía burguesa*. Buenos Aires: Editorial Siglo Veinte, 1959.
- LUKÁCS, G. *El asalto a la razón. La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*. México: Fondo de Cultura Económica, 1959.
- LUKÁCS, G. *Marx y el problema de la decadencia ideológica*. México: Siglo XXI Editores, 1981.
 - LUKÁCS, G. *Prolegómenos a una estética marxista*. Madrid: Editora Nacional Madrid, 2002.
 - LYOTARD, J. F. *La condición postmoderna: informe sobre el saber*. Madrid: Planeta Agostini, 1993.
- MALACALZA, S. *La autonomía del sujeto. Dialogo desde el Trabajo Social*. Buenos Aires: Espacio Editorial, 2000.

- MANDEL, E. *La crisis. 1974-1980*. México: Ediciones Era, 1980.
- MARX, K. *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Notas aclaratorias de Rodolfo Mondolfo*. Buenos Aires: Ediciones Nuevas, 1965.
 - MARX, K. *El Capital. Crítica de la economía política*. Tomo I Volumen 1. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2002.
 - MARX, K. *Introducción general a la crítica de la economía política/1857*. México: Siglo Veintiuno Editores, 2004.
- MARX K; ENGELS F. *La Ideología Alemana*. Buenos Aires: Santiago Rueda Editores, 2005.
- MONTAÑO, C. “De las lógicas del Estado a las lógicas de la sociedad civil del mercado: Crítica al “tercer sector” y el nuevo trato a la “cuestión social””, En: BORGIANNI, GUERRA y MONTAÑO (orgs.): *Servicio Social Crítico. Hacia la construcción del nuevo proyecto ético-político profesional*. San Pablo: Cortez Editora, 2003.
 - MONTAÑO, C. “Un proyecto para el Servicio Social crítico”, En: ROZAS PAGAZA M. (Coordinadora). *La profesionalización en trabajo social. Rupturas y continuidades, de la Reconceptualización a la construcción de proyectos ético-políticos*. Buenos Aires: Espacio Editorial, 2007.
 - NETTO, J. P. *Capitalismo monopolista y servicio social*. San Pablo; Cortez Editora, 1992a.
- NETTO, J. P. “La controversia paradigmática en ciencias sociales”, En: *La investigación en trabajo social*. Perú: CELATS-ALAETS, 1992b.
 - NETTO, J. P. *Crise do socialismo e ofensiva neoliberal*. San Pablo: Cortez Editora, 1993.
 - NETTO, J. P. “Para a crítica da vida cotidiana”, En: NETTO J.P.; BRANT CARVALHO M.C. *Cotidiano: Conhecimento e crítica*. San Pablo: Cortez Editora, 1994.
 - NETTO, J. P. Transformações societárias e Serviço Social - notas para uma análise prospectiva da profissão no Brasil. *Revista Serviço Social & Sociedade* N° 50, pp. 87-132. San Pablo: Cortez Editora, 1996.
 - NETTO, J. P. “Pós-modernidade: Genese, significado histórico e traços constitutivos”, En: *Pós-modernidad, teoría social e questao social*. Programa de estudos pós-graduados em serviço social. PUC-Sao Pablo, 2002.
 - NETTO, J.P. *Marxismo impenitente. Contribução à história das idéias marxistas*. San Pablo: Cortez Editora, 2004.
- NETTO, J. P. “Crisis capitalista y ciencias sociales”, En: Fernández Soto (Coordinadora). *El trabajo social y la cuestión social. Crisis, movimientos sociales y ciudadanía*. Buenos Aires: Espacio Editorial, 2005.
- NETTO J.P; Braz M. *Economia política. Uma Introdução crítica*. San Pablo: Cortez Editora, 2006.
- ORTIZ, F. Desafios contemporâneos para o serviço social: algumas considerações. *Revista Libertas*. Volumes 6- 7, Números 1 y 2 (jan – dez 2006 e 2007). Disponible en: http://www.ufjf.br/revistalibertas/files/2011/02/artigo_01_7.pdf (Consulta: Mayo 2010).
 - PONTES, R. *Mediação e serviço social. Um estudo preliminar sobre a categoria teórica e sua apropriação pelo Serviço Social*. San Pablo: Cortez Editora, 1995.
- PONTES, R. “Mediación: categoría fundamental para el trabajo del asistente social”, En: BORGIANNI, GUERRA y MONTAÑO (orgs.): *Servicio Social Crítico. Hacia la construcción del nuevo proyecto ético-político profesional*. San Pablo: Cortez Editora, 2003.
- ROUANET, S. *Mal-estar na modernidade*. San Pablo: Campanhia das Letras, 2003.

- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, A. *Posmodernidad, posmodernismo y socialismo*. Revista *Cielo por Asalto*. Buenos Aires, Año I, N° 3. (Verano 1991/1992).
- SOARES SANTOS, J. *Neoconservadorismo pós-moderno e serviço social brasileiro*. San Pablo: Cortez Editora, 2007.
 - SOUSA SANTOS, B. de. *A crítica da razão indolente: contra o desperdício da experiência*. San Pablo: Cortez Editora, 2000.
- TONET, I. *Modernidade, pós-modernidade e razão*. Disponible en: http://web51.hosting.xpg.com.br/xpg2.0/0/i/v/ivotonet/arquivos/MODERNIDADE_POS-MODERNIDADE_E_RAZAO.pdf (Consulta: Julio, 2010).
- ZAIDAN FILHO, M. *A crise da razão histórica*. Campinas: Papyrus Editora, 1989.

